

Voces de la memoria

Cuentos y Relatos



Carlos Benavides Jiménez

Voces de la memoria

Carlos Benavides Jiménez

Voces
de la
memoria
(CUENTOS Y RELATOS)

Voces de la memoria

(CUENTOS Y RELATOS)

© Carlos Benavides Jiménez

Segunda edición – **Noviembre**, 2024

ISBN: 978-958-48-0171-5

Portada: Clamor de Patria

Técnica: Acrílicos

Autor: Carlos Benavides Jiménez

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio, mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por el autor, viola los derechos reservados.

Impresión: Graficolor

Calle 18 # 29-67 – Tel. 7310652

Pasto, Colombia

graficolorpasto@hotmail.com

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Yo, como tú, he intentado con todas mis fuerzas de combatir el olvido. Como tú, he olvidado. Como tú, he querido tener una memoria inconsolable, una memoria de sombras y de piedra. He luchado todos los días, con todas mis fuerzas, contra el horror de no comprender del todo el porqué del recordar. Como tú, he olvidado. ¿Por qué negar la evidente necesidad de la memoria?

Alain Resnais

Dedicatoria

*A la Memoria de mis padre : Esther Jiménez
y Carlos Eduardo*

*A mis Hijos : Diana Carolina y
Carlos Yusephe*

*A mis Hermanos : Álvaro,
María Luisa,
Nora Edith,
Nubia Esperanza
y William*

*A mi Amigo del Alma : Álvaro Alirio
Álvarez Erazo*

A todos los Hombres

y Mujeres : Librepensantes

*A mi Pueblo Libertario : al León
Dormido*

Índice

A manera de Prólogo	11
Presentación	13
El sueño de la Patria.....	15
Desaparecidos	17
El Visionario	19
Conciencias que matan	23
La Juana	27
El Abuelo Tiberio.....	33
El último deseo.....	39
Pena a muerte.....	43
El Catedrático Triple A	51
Mil revoluciones por minuto.....	55
Juan Caballero.....	59
A prueba de fuego.....	63

El líder de los humildes..... 67

Sembrando dignidad 71

La astucia de María..... 73

Excomulgado..... 79

En un país “Democrático”..... 83

La violencia nunca se fue 87

Exiliaron al poeta 93

La Abuela 97

El imperio de acero..... 101

Éxodo eterno..... 103

A manera de Prólogo

Para su prologación, el ilustre y dilecto amigo Carlos Benavides, ha puesto en mis manos, y bajo mi modesto criterio, su amena selección de cuentos y relatos, que en su aparente sencillez, todos y cada uno, como en MI ABUELO TIBERIO, delatan un fondo profundamente humano, pues, recogen buena parte de la historia de nuestros pueblos, de sus mujeres y sus hombres que, detrás del peso de los tiempos idos, reflejan con ameno patetismo, los conflictos históricos, políticos, sociales y, por supuesto, culturales en los cuales, como en un policromo y amplio telón de fondo se sintetiza el drama que han vivido y, que aún viven, miles de compatriotas víctimas de la violencia más inaudita y solapada a lo largo y ancho de la corrugada geografía colombiana y que no son más que la expresión patética de

las injusticias y de toda la gama de desequilibrios sociales. En cada cuento, en cada relato está el grito recóndito y rebelde de los hijos de América que, al unísono, rompen el silencio abrumador de los siglos. Son el eco de todos los luchadores en varios escenarios, edades y estamentos sociales y que en conjunto tejen una urdimbre histórica tachonada de dolor, marginalidad, pobreza, mas no por ello ajena a la esperanza y a los sueños por una patria más digna y en perspectiva moral para sembrar diariamente ***la semilla de una paz con justicia social y duradera*** para que las nuevas generaciones, que habrán de sucedernos, puedan vivir sin el espectro diario de la violencia y de la muerte.

El autor expresa, con su sentir y pensar, con el eco de su VOZ, su testimonio resonante más allá del olvido. Sus relatos y cuentos son memoria y como tales son LUZ y son destellos de futuro.

Por lo anterior, bien caben y le dan vida y actualidad al pensamiento del gran escritor afro norteamericano Amiri Baraka:

*“La historia es la memoria de los pueblos,
la historia da luz,
la historia por ser memoria es peligrosa,
la historia disipa las tinieblas”.*

Carlos Pantoja Revelo
Alto Comisionado de Paz para Nariño

Presentación

La presente selección de cuentos y relatos, representa las voces de la memoria, voces de nuestros hombres y mujeres, que se cuentan a sí mismos, como un antídoto contra el olvido y un espacio que le da voz a quienes no la han tenido. Escritos por donde transita nuestra realidad social, con todos sus conflictos históricos, económicos, políticos, sociales y culturales, los cuales se convierten en testimonio elocuente.

Cuentos y relatos que simbolizan un grito en el silencio, para que nadie olvide las voces que enmudecieron, cómo los hijos se quedaron sin padre, cómo las madres siguen buscando día a día la sombra de esa fotografía, los que amontonó el río

en sus orillas y cómo le pusieron durante muchos años esposas a la esperanza.

Los protagonistas de estos cuentos y relatos son las clases marginadas, seres anónimos, víctimas, victimarios, obreros, indígenas, campesinos, educadores, estudiantes, artistas, poetas y líderes. Hombres y mujeres de carne y hueso, con sus angustias, con su miedo a cuestras, con su pobreza y miseria, con su soledad y dolor humano, pero al mismo tiempo hombres y mujeres que no pierden la esperanza en sus sueños y en una patria mejor.

El Autor

El sueño de la Patria

*La paz llegará un día, no porque los
hombres lleguen a ser más humanos, sino
porque nuevas condiciones económicas,
políticas, sociales y culturales así la exijan.*

Rigoberta Menchú

PREOCUPADOS, LOS MÁS ACÉRRIMOS enemigos, porque el pueblo había sido desolado, por tantas desapariciones, asesinatos y masacres, por la miseria y pobreza de las pocas comunidades que quedaban, decidieron unirse para acabar con los odios y venganzas, dialogar y poner punto final al conflicto armado y firmar un acuerdo de paz con justicia social. Entonces guerrilleros, paramilitares, soldados y policías, ante la alegría de todos, se dieron la mano y se abrazaron por fin fraternalmente. Fue tanta la emoción y la euforia que decidieron descargar por última vez sus fusiles al aire y del cielo cayó una lluvia interminable de lágrimas de felicidad de los que ya no estaban.

Desaparecidos

*Yo encontré por los muros de la patria, junto a la
nieve y su cristalería, detrás del río de ramaje verde,
debajo del nitrato y de la espiga, una gota de sangre
de mi pueblo y cada gota, como el fuego ardía.*

Pablo Neruda

NO SE SUPO CUANDO Y A QUÉ HORA, los hombres y mujeres de aquel pueblo, dejaron de soñar, por miedo a morir. Lo único cierto era que todos se habían convertido en seres insensibles, que ya nada los conmovía. Se habituaron a ver y a escuchar todos los días las mismas escenas de violencia por todos los medios de comunicación y a creerse únicos y orgullosos de que en su pueblo no pasaba nada, hasta que cierta noche Pedro el canoero y Otoniel el pescador, cantando el himno de Colombia lanzaron sus redes en el caudaloso río de la patria, luego de una hora estaban llenas, pesaban más de lo de costumbre y al no poderlas sacar las arrastraron hasta orillas del río. Pedro el canoero observó detenidamente que lo que bajaba era un río caudaloso de sangre y que sus redes estaban llenas de troncos, brazos, piernas y cabezas humanas. Cuerpos descuartizados de ancianos, jóvenes, mujeres y niños y que muchos eran conocidos, vecinos, amigos, familiares. Al final estremecido por el horror, la crueldad y la barbarie pegó un alarido que tocó todo su ser, cuando vio bajar por el río los cuerpos destrozados de su mujer y sus hijos, seguidos por su cabeza y la de Otoniel.

El Visionario

Lo que cuenta en la vida no es el mero hecho de haber vivido. Son los cambios que hemos provocado en las vidas de los demás lo que determina el significado de la nuestra.

Nelson Mandela

JOSÉ SALGADO, PARADO EN LA PUERTA de su humilde rancho de madera, cartones y latones, miraba hacia el horizonte con profunda tristeza y meditaba:

– Si por un instante se hubieran detenido a pensar e imaginar lo que vendría después, no hubieran cometido semejante atrocidad. Y hoy no cargarían con el peso del remordimiento en sus conciencias. Dejar a los hijos huérfanos eso fue muy grave, eso fue lo que sucedió, dejaron al pueblo huérfano, a la deriva y éste, iracundo y con mucha rabia se volcó a vengar lo que para él había sido su única esperanza y salvación. José ese campesino gaitanista de convicción; era todavía ese emigrante eterno, que para no morir asesinado deambulaba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de éxodo en éxodo desde aquel fatídico día en que se inició una nueva etapa de la violencia. Recordaba el reloj

que marcaba la una y cinco de la tarde y como las oligarquías títeres y aliados con la CIA alzaban sus copas y brindaban como los mejores amigos.

Afuera aquel gran hombre caía asesinado sobre el pavimento, pero al instante se incorporaba y se alzaba con mucha indignación para luego transformarse en su pueblo que reclamaba justicia, en el campesino que luchaba por un pedazo de tierra, en el estudiante que soñaba con una revolución educativa, en los obreros que esperaban mejores condiciones de trabajo, en la voz del pueblo postergado y excluido, en cada mujer y hombre de la patria, por que como él lo decía: *“yo no soy un hombre soy un pueblo”*.

Desde aquel día, sus verdugos no han podido dormir tranquilos, porque su fantasma los ronda y atormenta y se estremecen cada vez que el pueblo se levanta. Así José Salgado comprendió que esos trapos azules y rojos no representaban más que una sola ambición y que jamás tampoco los representaron. Porque para Gaitán *“más valía una bandera limpia solitaria sobre una cumbre que mil banderas tendidas sobre el lodo”*, y que el pensamiento económico, político, social, educativo y cultural de ese gran visionario, seguía siendo vigente porque los que detentaban el poder tenían la visión de las galli-

nas, y ellos nunca podrían llevar a cabo los grandes cambios y transformaciones que requería la patria.

Pero al mismo tiempo aquel gran hombre había profetizado: *“que ninguna mano del pueblo se levantaría contra él y que sus enemigos no lo matarían, porque sabía que si lo hacían el pueblo se volcaría y las aguas turbulentas demorarían más de cincuenta años en regresar a su curso y nivel normal”*.

Hoy, después de más de cincuenta años de tanta guerra fratricida, José Salgado medita sobre los velos de la memoria, sabe que ha llegado la hora y que el pueblo reivindicará a Gaitán y a los miles de víctimas, con una paz con justicia social, una paz con respeto, verdad y reparación, pero sobre todo sin impunidad, una paz que pueda desarmar nuestros corazones de tantos odios y resentimientos. Ya que después de tanta persecución y violencia política, de tanto despotismo e intolerancia, de tanto terror e infamia, de tanto odio y crueldad, ha llegado la hora del visionario y allí estaremos todos unidos en la gran patria que Gaitán soñó.

Conciencias que matan

*Vale más tener las manos
limpias, que tener una fortuna
amasada con lágrimas del pueblo.*

Carlos Castro Saavedra

FALTANDO TRES DÍAS para morir, con un insomnio de muchos días y muchas noches, aburrido de la vida que llevaba, sin poder disfrutar de su libertad y sus mal habidas riquezas, Ruperto Martínez, se encontraba allí arrodillado frente al altar, con una conciencia negra que le pesaba más que todos los bienes que poseía. A su lado se encontraban sus perros rabiosos cargando bultos llenos de dinero. Cuando el cura entró en el templo miró a Ruperto como al gusano despreciable más infeliz de la tierra, pues Ruperto nunca había compartido su botín con el clero, ni con los más necesitados. Con los ojos llenos de lágrimas se dirigió al cura:

– Le suplico que me escuche en confesión, ¡vengo a pedir perdón por todos los pecados y crímenes que cometí! y el cura mirándolo a los ojos fijamente y con mucha rabia le contestó: – ¿Nada más? – Sí padre también, por los campesinos que

desplacé, desaparecí, torturé y maté, por las viudas y los niños huérfanos que quedaron... Al final el cura en silencio y hastiado de oír tantas crueldades le dijo:

– La Iglesia está cansada hermano mío de perdonar y de hacer tantas obras de caridad sin nada a cambio.

– Por eso, exclamó don Ruperto, – yo vengo a donar a la iglesia todas mis propiedades, mis tierras, el ganado, mis casas, mis carros y todo el dinero que poseo en mis cuentas. El cura con un gesto burlón y una voz fuerte y recia exclamó:

– ¿Vienes a donar o a devolver?

La Juana

*Hay solo tres cosas a hacer con
una mujer, se puede amarla, sufrir
por ella, o convertirla en literatura*

Laurence Durrell

ANTONIO IBA PENSANDO que llevaba en sus bolsillos rotos la desesperanza, tan viejo que hasta sus venas se habían endurecido de tantos años, tan pobre y tan feo, que no tenía más ilusión que tocarse los testículos con las manos sudorosas a betún. Sentía la soledad y el abandono de tal manera y tenía tanta hambre, que ya no pensaba en comprar el pan y la gaseosa con los mil pesos que había ganado en el día.

Era mejor morir a vivir en la búsqueda constante de la Juana, esa jovencita que había conocido cuatro años atrás, cuando se vino a vivir al pueblo, perseguido por la violencia oficial, cargando sus harapos, con sus manos callosas y su rostro calcinado por el sol... ¡La Juana!... y suspiraba una y otra vez. La hija de la vieja, sí, su vieja, esa que había sido su rato feliz durante diez años. ¡Que carambas! este si era pasto tierno y fresco, con olor a madrugada, sabor a golosina y calentura de quince primaveras.

Y así es que se olvidó de todo y se llevó a la Juana a vivir en su lecho, con sus trastos viejos, entre cartones, periódicos, tierra, pulgas y remiendos.

¿Cómo era que la Juana lo había dejado por el Paísa?, se pregunta enfurecido una y otra vez. El paísa, ese forastero que salía en las tardes soleadas a deambular por las calles gritando “todo a mil, todo a mil”. Pero desde ese 25 de diciembre, cuando discutieron en la esquina de la carrera 13 con calle 16, el cambio de la luz verde del semáforo había sido el cómplice en la escapada de la muy infiel.

Si apareciera la Juanita, la llevaría al altar definitivamente, le brindaría todo mi amor y dulzura, le compraría un vestido lleno de flores, unas zapatillas de charol y un juego de pinturas de esas que siempre ha soñado tener, le decía Antonio al perro vago y costilludo que siempre encontraba en el parque a las cinco de la tarde, y que era desde ese día el recipiente de su amargura y sus lágrimas.

Esta vez estaba allí nuevamente, cansado de embellecer los zapatos de los “doctores”, del alcalde, las botas del teniente y su batallón, sin que su vida cambie o tome un nuevo rumbo de prosperidad, recorría y recorría todos los días la carrera 13, hasta llegar siempre a sostener el semáforo de la calle 16, por si de pronto podía verla pasar..., tenía una mirada perdida en el infinito, una nariz

huesuda, una barba que le había crecido hasta el ombligo y una cabellera de profeta bíblico. Esa era la suerte de Antonio o Toñito como sus amigos de tinta, betún y trapo lo llamaban en la plaza de mercado. Un viejo que en su niñez había sufrido los percances de la vida, no haber ido a la escuela, haber perdido a su padre por culpa de la violencia oficial, cuando luchaba por un pedazo de tierra y una madre lavandera que falleció cuando él apenas cumplió cinco años, pero la tragedia continuaba... Él había engrosado esa gran multitud de desheredados, desplazados y olvidados en la ciudad y un año se cumplía hoy y de ¡la Juana nada!, pensaba y pensaba Antonio que en ningún momento desfallecía en la búsqueda de su amada, mirándose los dedos de sus pies que atravesaban sus zapatos rotos, como roto y lleno de pesadumbre, estaba su corazón.

Rosita Mena lloraba sin detenerse y maldecía al miserable del Antonio, ese caballo acabado que le había pagado el placer de tantos años, con tres hijos enfermizos y llenos de hambre.

Una única promesa se había hecho Antonio, ser un hombre bueno y trabajador el día que volviera a encontrarla. No podía ser tan mal agradecida “la mugrosa”, cuando tenía que reconocer sus sacrificios, el trabajo que le había costado dejar de ceder al bazuco y la marihuana unas veces, como

también a las otras mujeres, murmuraba entre los dientes cariados por el tabaco y el abandono, en tanto terminaba de orinar al pie del árbol de recuerdos, aquel donde habían estado juntos y habían pasado ratos felices.

¡Cerdo viejo! ¿Por qué castigar la vida así?, gritaba adolorida Rosita. ¿Por qué encontrárselo el único día que la llevó al café bar?, cuando lo había engañado siempre diciéndole que era una pobre puta sola, porque nunca había encontrado quien la preñara. Y es que en sus diez años de amantes de sábados y domingos por la tarde, solo había encontrado una vieja menopáusica, aniquilada por la sífilis y la mala vida de trago y tabaco.

¡Pobrecita! y ¿si era cierto que ese día no había visto siquiera al Paísa?, como no lo había vuelto a ver desde el día que los acompañó a robar en la panadería de la carrera 14, abajo de la Catedral del Señor de los Milagros, sollozó enloquecido Antonio,... ¡y yo con estos celos! ..., pero es que el negro mi amigo de trabajos y borracheras, me dijo que los había visto juntos mirándose los zapatos y en los zapatos se cargan siempre todos los “polvos”... Sí pendejo yo, a mí no me vengán con esos cuentos, ¿o que crees vos, Perro “marica”?... El Perro entre tanto bostezaba viendo pasar a los transeúntes.

¡Maldito día, maldito viejo! ese día le había sonsacado a su muchacha, sin escrúpulos la había invitado a beber, a bailar y a dormir para siempre en su asquenta pieza de inquilinato. Ella desde ese momento era simplemente la Rosita sin sábados ni domingos alegres, y desde ese diciembre una Rosita triste entre teteros y llanto de bebé condenada a vivir en esa esclavitud que le había dejado la vida.

Antonio sintió sueño, entonces eran las once de la noche, le dio una patadita cariñosa al perro y se durmió en la banca donde dormía desde aquel 25 de diciembre de luces y pólvora en que se le había volado su Juanita, en espera de un nuevo amanecer para iniciar la búsqueda.

Unas rosas rojas y una tenue luz iluminan la fecha del 25 de diciembre en la tumba de Juanita, había muerto hace un año... y aún a las once de la noche, con sus nietecitos de la mano, parada en la puerta de ese viejo cementerio, llora Rosita Mena su dolor.

El semáforo de la carrera 13, con calle 16, seguía ahí salpicado por unas gotas de sangre. El grandísimo camión que transportaba la papa, la ira y pérdida de la memoria por los efectos del alcohol, el bazuco y la marihuana consumidos un poco antes, no permitieron a Antonio darse cuenta que en esa esquina se habían desvanecido para siempre las huellas de su Juana.

El Abuelo Tiberio

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte.

Gabriel García Márquez

EL ABUELO MATERNO VIVIRÍA otra etapa vergonzosa de la historia y violencia de este país y por supuesto indirectamente de la segunda guerra mundial. Se había convertido en líder, hombre público y servidor de su pueblo, pero toda su vida la había dedicado al campo; un campesino humilde de sol a sol. Desde muy temprana edad se había dedicado a seguir las ideas liberales de los grandes caudillos del pueblo en especial del gran orador de la patria Jorge Eliécer Gaitán. El abuelo Tiberio, estudioso y disciplinado, poco a poco se fue convirtiendo en un líder del pueblo, no se perdía una manifestación política, escuchaba permanentemente la radio por donde se trasmitía desde la capital los discursos elocuentes de su gran líder, que lo elevaban hasta lo más alto de su espíritu y la justicia social que el pueblo necesitaba, porque eso era lo que trasmitían al pueblo esos discursos, programas y reformas que el país anhelaba.

Con el tiempo se acrecentó la violencia, sus enemigos políticos comenzaron a perseguirlo como a tantos liberales del país que no ocultaban sus ideas y habían puesto sus esperanzas en Gaitán. Declarada la guerra a los liberales gaitanistas empezó su exterminio y a lo largo y ancho de la patria cientos de seguidores del caudillo liberal caían asesinados. El abuelo no claudicó nunca en su lucha; por el contrario cada día más se había hecho querer de su pueblo quien al ver su entrega desinteresada y su servicio a la causa de los pobres, discriminados y excluidos, decidieron elegirlo concejal, luego con el transcurrir del tiempo, en personero y por último cuando muchos liberales se habían unido, eligieron al abuelo a la alcaldía, cosa que no fue bien recibida por los opositores quienes no perdían ningún momento o acto público para asesinarlo.

Era tan dura la situación del país que la violencia también se había desatado desde los púlpitos, donde los curas excomulgaban a los liberales y bendecían las armas de los conservadores. Por lo cual el abuelo Tiberio decidió tomar muchas precauciones ante las persecuciones de que era objeto. En las noches los latidos de los perros eran señal de alarma y de inmediato Tiberio sacaba a mi abuela María Luisa y a sus hijos por la ventana trasera para salir huyendo hasta el amanecer entre los maizales, trigales y demás cultivos, así logró evadir durante

mucho tiempo a los asesinos que querían poner punto final a su vida y al de la familia.

Durante el día vivía sigiloso y había aprendido mucho de seguridad personal, sus amigos de partido se asombraban cada vez que el abuelo salía ileso de cada atentado, o como el abuelo burlaba a sus enemigos, hasta llegaron a decirle que él tenía más vidas que las del gato. Consecuente y firme con su ideario liberal, con sus amigos y de la misma forma sincero consigo mismo, sabía que en cualquier momento de descuido sus enemigos lo matarían.

Cierto día, en la celebración de las fiestas de San Roque patrono de su pueblo natal, el abuelo Tiberio acompañado de todos sus amigos y el pueblo en general, festejaban en el parque principal varios de los eventos programados cuando de repente se formó una balacera. Era un atentado más contra su vida. El abuelo cayó al piso y de inmediato los asesinos de vestido negro y sombrero huyeron entre la muchedumbre que salió aterrorizada de miedo, los amigos más allegados y entre ellos las mujeres seguidoras del abuelo que se encontraban en la fiesta y habían logrado esconderse y ponerse a salvo gritaban:

– ¡Asesinaron al alcalde!, ¡Asesinaron al alcalde!

Cuando todos corrieron a mirar el cadáver del abuelo Tiberio, quien se encontraba boca abajo, él volteó su cuerpo y con una sonrisa dulce entre sus labios se incorporó ante la gente que lo miraba con asombro, estupefacta, pues no lo creían, el abuelo Tiberio una vez más burlaba a la muerte y hasta él mismo lo decía:

– Estoy hecho para cosas grandes y todavía no he cumplido con mi misión en esta tierra y hay mucho que hacer por mi pueblo.

La violencia y sus enemigos políticos nunca pudieron con el abuelo, a él solo le ganó la muerte, el terror psicológico causado cuando al caer enfermo en una clínica de la capital, lo atendió el único médico cirujano que le podía calmar sus dolencias y murió de un infarto fulminante al saber que el cirujano que lo iba a intervenir era un conservador de los más sanguinarios del pueblo.

El último deseo

*Ojalá podamos ser desobedientes,
cada vez que recibimos órdenes
que humillan nuestra conciencia o
violan nuestro sentido común.*

Eduardo Galeano

LUEGO DE LARGOS SIGLOS DE INVASIÓN, protagonizada por unas bestias mercenarias que entraron montando a caballo, con espada y cruz en mano, exterminando a nuestros pueblos, esclavizando a los hijos del sol, destruyendo a sus dioses y sus templos sagrados, robándoles sus tierras, saqueando sus tesoros de oro y plata, clasificándolos por debajo de los animales, violando a sus mujeres, explotándolos con diezmos, alcabalas y demás impuestos, hechos que ahora se convertirían en la causa de rebelión y reivindicación de sus derechos contra todos sus opresores y frente a tantas injusticias, rebelión que se extendería a lo largo y ancho de la patria.

Pero cuando el inquisidor y mercenario español, Diego Antonio Nieto supo de la rebelión y muerte de sus compinches corruptos, capturó a nuestros héroes para luego someterlos a los más grandes vejámenes y degradantes torturas en una

cárcel de la capital donde fueron confinados y humillados por mucho tiempo.

Ramón Cucas Remo, Julián Carlosama y Lorenzo Pizcal, tres de los más grandes líderes rebeldes, que le dieran la dignidad a nuestro pueblo, por haber salido en defensa de sus derechos y en contra de toda opresión, se preparaban para ser ejecutados.

Cuando apareció el Gobernador, mercenario Diego Antonio Nieto, a leer la sentencia de muerte en nombre de los reyes de España y la sacrosanta inquisición, se incorporaron beligerantemente y con su ceño fruncido de indignación, escucharon en silencio la macabra sentencia que decía:

– *“Reos de lesa majestad humana y divina, deben ser amarrados de los pies y arrastrados por las calles a colas de caballos y luego ahorcados y descuartizados en señal de escarmiento. De la misma manera Lorenzo Piscal quien debe ser ahorcado y degollado”.*

Pero ya habiéndolos amarrado y arrastrado por todo el pueblo llegaron a la plaza principal, donde se encontraba el cadalso y allí envalentonado el Gobernador mercenario les puso las sogas al cuello porque quería ser juez y parte de la sentencia,

entonces con mucha arrogancia se dirigió a Ramón Cucas Remo y le dijo:

– Los reyes católicos de España y la sacrosanta inquisición son muy benévolos y misericordiosos contigo y han decidido concederte un último deseo antes de que mueras. Ramón Cucas Remo con mucho heroísmo, valentía e indignación, miró a su pueblo trabajador y oprimido, a sus compañeros de lucha, a las mujeres valientes y a los niños líderes del futuro y gritó fuertemente. – ¡Mi último deseo es que maten al verdugo!

Pena a muerte

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir ... Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Miguel de Cervantes

AQUEL DÍA HABIA AMANECIDO con un sol radiante y un cielo despejado, el taxista que llevaba a Orlando hacía el trabajo, con un gesto sonriente y muy complacido, dijo:

– Hoy va hacer un buen día, dicen los campesinos de la región que hubo una gran helada y que muchos cultivos se chamuscaron. Orlando contento por el buen día que hacía, pensó en sus adentros que sería bueno realizar un paseo por la granja y observar si los cultivos que habían sembrado los internos dos meses atrás no se habían perdido.

Llegó a su destino final, la cárcel del pueblo, sacó del bolsillo unas monedas y canceló al taxista; luego procedió a timbrar y observó a través del mallado que al fondo se encontraban dos de sus compañeros de trabajo. Le abrió la puerta un interno que era el ordenanza y con extrañeza, por lo muy raro ya que es inusual y prohibido que un

interno le abra la puerta, preguntó: – ¿qué pasaba? El interno con respeto dijo:

– Siga, Buenos días don Orlando, buenos días contestó y volvió a preguntar:

– ¿Cómo está todo? el interno lo miró pero no contestó nada, siguió y los compañeros Javier y Luis, guardianes que estaban tomando el sol tampoco le comunicaron nada. Los saludó y siguió hacia las oficinas donde se encontraba su sitio de trabajo, pasando por el comando de guardia encontró a la enfermera con un rostro triste y trágico, la saludó y ella muy preocupada se abalanzó sobre Orlando y lo abrazó fuertemente diciendo: – se murió, se murió. – ¿Quién? preguntó asustado, – el interno, el interno que se hallaba enfermo, el que hasta ayer me había agradecido el que yo lo estuviese atendiendo dijo la enfermera... me había contado que él tenía varios hijitos y que quería salir rápido de la cárcel para poder trabajar o ayudar a su esposa en todos los quehaceres de la casa mientras que ella salía a trabajar y de la misma forma ayudar a sus hijos y a su nietecito a quien debía de llevar y traer del colegio como siempre lo tenía enseñado.

El día anterior había estado bastante mal, vomitando y defecando hasta lo último que había consumido, que era un suero y la droga que le había

donado una fundación de la capital, se encontraba tirado en el suelo de un calabozo, sin una colchona, ni cobija alguna, sitio el cual según el director del penal había elegido para estar aislado de todo el personal. Las condiciones eran infrahumanas y salía de aquel calabozo un olor nauseabundo que a veces no permitía seguir allí.

De pronto el director del penal apareció, comunicando que estaba haciendo las diligencias para el levantamiento del cadáver por parte de la Fiscalía, se quedó observando a Orlando de pies a cabeza y con voz burlona y arrogante le dijo: – ha venido preparado mi amigo, sintiéndolo mucho y dándole unas palmaditas en la espalda se alejó riéndose hacia su oficina. Pero era verdad. Orlando aquel día había bajado hasta su trabajo vestido de negro como si lo hubiese sabido... Al mismo tiempo, lo asaltaba una sensación de rabia, enojo, de tristeza y dolor, era un ser humano el que yacía muerto, estirado y helado ese día.

La enfermera corría de un lado a otro, solicitando al comandante de guardia el favor de hacerla pasar al calabozo para tomarle los signos vitales pues no creía todavía lo que había sucedido, pero éste muy enojado le contestó: – Ya lo que fue, fue, ese gonorrrea, ese ladrón ya está muerto, mejor venga y anoto en la minuta de guardia que usted

ya realizó eso y que ya no había nada que hacer. La enfermera indignada contestó:

– Yo estoy aquí para eso y esa es una de mis funciones. Se puso un tapabocas y los guantes y con rebeldía ingresó con Orlando hacia el pasillo donde se encontraba el calabozo; al llegar allí se dieron cuenta asombrados que el interno había sido trasladado a una celda, que se encontraba sobre una colchoneta nueva, tapado con tres cobijas de lana, boca arriba, sus ojos cerrados y un rostro lleno de inmensa tristeza, tal vez el de no haberse podido despedir de su mujer y sus hijos a quienes quería mucho, o tal vez esperando esa libertad que nunca la tuvo en sus manos, ni la disfrutó. El director del penal había dado la orden para que el cabo viajara a la capital y se dirigiera hasta el juzgado especializado, donde se encontraba el juez que lo había condenado aquel día en que se había robado un mendrugo de pan para sus hijos.

Ya en la celda donde se encontraba el cuerpo de Ricardo, la enfermera exclamó admirada: ¡¡¡por lo menos lo arreglaron aunque sea al final!!! Ayer estaba durmiendo en el piso, sin ningún abrigo o cobija, vomitado y con una diarrea que deshidrataría un caballo en media hora, hoy ya inerte su cuerpo amanece sobre un colchón nuevo, bien cobijado y los pisos de la celda súper limpios. Claro,

se dijeron la enfermera y Orlando tiene que hacer el levantamiento del cadáver la Fiscalía, que tal si lo encuentran en esas condiciones inhumanas que lo tenían.

Así se tapó el delito más grande, el del juez de la capital quien se sentirá orgulloso y contento por haber resuelto el problema, por tener una conciencia tan tranquila, juez que había sentenciado a Ricardo por un mendrugo de pan, delito que nuestra sociedad castiga con rigor a los pobres, desamparados y excluidos de nuestra patria; mientras que los ladrones de cuello blanco se pasean tranquilos por el país y el exterior, en un país donde los problemas de injusticia social y desigualdad nunca se solucionan sino que se acrecientan cada día más. El del director del penal que junto con su guardia discriminó y violó los derechos humanos de Ricardo y el de una institución indolente que sigue pensando que a la cárcel entra el delito y no el hombre.

A Ricardo lo habían traído a la madrugada, los guardianes adiestrados por el director del penal y un cabo que había trabajado por aquí y quien había sido expulsado del penal por sus malos tratos a los internos y visitantes.

Ricardo había dejado de existir en la madrugada, sin que nadie lo asistiera, ni lo viera, el día

que el juez creyó por un momento que ya había cumplido su condena, por el delito de hurto. Aquel día llevaba puesto un pantalón de sudadera, un saco de lana verde y en sus manos según Orlando tenía el libro del nuevo testamento con el cual pasaría sus últimas horas antes de morir.

Ricardo el de los barrios surorientales de la capital del Departamento, había crecido muchos años entre la pobreza y miseria humana, con una larga familia y para matar su tristeza y su mala suerte, trabajaba en lo que se le presentaba para poder llevar un pan y una agua de panela a su familia, pero cuando todo iba mal, como a todos los pobres del mundo que no logran conseguir trabajo, se dedicaba aburrido de su vida con algunos amigos bohemios a visitar las famosas cantinas de la 19, sitios donde se deleitaban de todas las mujeres venidas del país. Allí Ricardo adquirió lo que lo privó definitivamente de su libertad y su vida.

El Catedrático Triple A

*A la memoria de
Alberto Arturo Álava Montenegro.*

**Podrán cortar todas las flores, pero
no podrán detener la primavera.**

Pablo Neruda

CONCENTRADO EN LA LECTURA de uno de sus textos, sobre la problemática social que lo apasionaba, se encontraba aquel insigne catedrático de Derecho y Ciencias Políticas, de las más prestigiosas universidades públicas de la capital. Cuando los soldados y los tiras tumbaron la puerta de su casa e irrumpieron con el ruido estruendoso de sus armas, el catedrático no interrumpió su lectura, pues ya estaba acostumbrado a que cualquier tipo de bestia salvaje y a cualquier hora de la noche o de la madrugada llegaran a sacarlo, quemaran sus libros, cartas y documentos, allanando muchas veces la fragilidad de su sueño, secuestrando a su mujer y sus hijos... De pronto uno de los tiras disparó contra el libro que leía, luego derrumbó todos sus libros al piso y se paró sobre ellos, como un botín conquistado de guerra y destrucción.

Afuera en el carro verde oliva, agónico y sangrante el catedrático amante de los derechos huma-

nos, la libertad, la vida, la naturaleza y los sueños pensó en su adolorida patria, en sus canciones sociales, en los pueblos del sol, en sus aguerridos hijos Gualcalá, Sindamanoy y Láutaro, esperanza y futuro del mañana, se incorporó hasta ponerse firme, de pie y recordó por un momento su existencia, para luego reírse a carcajadas y gritar a sus verdugos que los grandes hombres no se arrodillan, ni se humillan y que mueren de pie como los árboles y que los principios y valores no se negocian ya que la conciencia, la dignidad humana y la libertad no tiene otro precio que la vida misma. El tira furioso y rabioso dijo:

– ¿De qué te ríes?, hijo de puta y el catedrático contestó beligerantemente:

– Me río porque acabo de recordar que yo soy Túpac Amaru y vengo de la tierra donde nadie ha prohibido la libertad y que tus bestias por muy salvajes y asesinas que sean, no podrán desaparecer, torturar, matar y descuartizar lo que llevo dentro.

Mil revoluciones por minuto

*Desgraciado el pueblo donde los jóvenes
son humildes con el tirano, donde los
estudiantes no hacen temblar el mundo.*

Juan Montalvo

EL PALATINO SIEMPRE FUE EL CAFÉ BAR de tertulias de todos los estudiantes universitarios e intelectuales. Funcionaba como un agradable refugio de todos los principiantes en el arte, la cultura, la literatura, la filosofía, el teatro, la música y también de todos los simpatizantes de la revolución.

Las mujeres no eran ajenas en estas extraordinarias tertulias y reflexiones, donde se debatían grandes temas, ideas, discusiones, declaratorias y manifestaciones de los grandes movimientos y hombres brillantes que pensaban en nuestro país. Aquellos días eran una sola ola de inconformidad que recorría toda Latinoamérica, motivada desde hace décadas atrás por la revolución cubana, el Che Guevara y Camilo Torres.

Pedro Caicedo, Inga Achicanoy, Juan de la Cruz, María Lozada, Álvaro Díaz y muchos otros más, pillosos estudiantes e inseparables amigos de tertulia habían decidido cambiar los inútiles escapularios

que llevaban colgados a sus cuellos por las fotos del Che, habían vivido tantos años cargando imágenes y rogándoles que acabaran con la violencia, miseria, opresión y discriminación cruel de los gobiernos de turno y nada que habían movido un dedo. En contraste sabían que años atrás un grupo de veinte hombres con mucha dignidad y coraje, habían desalojado a un tirano de una isla a escasos kilómetros del tío Sam. Como también habían oído hablar de un grupo de curas que dejaron las sotanas y se rebelaron contra toda injusticia social y contra los gobiernos inútiles.

Por otro lado, empezaron a escuchar y ver por todos los medios de comunicación a esa gran generación de hombres y mujeres líderes e intelectuales que había producido el país y que habían puesto a pensar y despertar a nuestro pueblo, como: Jaime Pardo Leal, Carlos Pizarro León Gómez, Bernardo Jaramillo Ossa y nuestro paisano Manuel Cepeda Vargas. Porque produjeron la más grande aceptación al cambio por parte de todos los pobres, discriminados, desplazados y excluidos del país, pero también a vivir poco a poco la represión oficial que resultó ser más poderosa y cruel que todos los años de violencia que se habían vivido, los allanamientos, las persecuciones, las detenciones, las torturas, las desapariciones y los asesinatos de grandes hombres y líderes de nuestra patria sacarían corriendo a todos los clientes fieles, estudiantes e intelectua-

les de grandes tertulias. Así se fue acabando el café bar Palatino, el único sitio público creado para el perfeccionamiento del cerebro en la capital. Casi todos se habían dispersado y recluido en sus casas, así como otros optaron por la clandestinidad.

Un día cualquiera, llegaron a la humilde casa de inquilinato donde vivía Pedro Caicedo, dos tiras del oscuro escuadrón de investigación e inteligencia del Departamento, allanaron el miserable rancho y después se lo llevaron a empujones a las oficinas de los interrogatorios oficiales, según ellos, era un sospechoso por ser el miembro del inofensivo Consejo Superior Estudiantil de la universidad y por que encontraron un papel, entre sus libros, donde había un escrito con su propia letra, una frase que era de máxima peligrosidad según los tiras que decía con toda claridad, que la respuesta correcta al problema para que todo funcionara bien era:

Elevar la velocidad a mil revoluciones por minuto.

Pedro, pasó toda la tarde y noche explicándoles a los jefes de seguridad del gobierno que las revoluciones por minuto eran una medida de la física que tenía que ver con el funcionamiento de los motores y no un programa subversivo de la izquierda para regarlo por todo el país.

Juan Caballero

*Lo admirable es que el hombre
siga luchando y creando belleza en
medio de un mundo bárbaro y hostil.*

Ernesto Sábato

TODO ESTABA LISTO aquel día para la exposición que el artista Juan Caballero haría en la Casa de la Cultura, como homenaje a su pueblo valeroso, guerrero y libertario, que llevaba en la sangre todas las luchas ancestrales. Pero cuando Clodomiro Espitia, alcalde y godo recalcitrante, supo de ese evento por las chismosas viejas beatas del pueblo, aulló de rabia al imaginarse esas grandes obras pintadas por el artista y al instante reaccionó ante tal hecho. Sabía que esas pinturas e imágenes, fomentarían grandes manifestaciones, que harían que el pueblo se organice, reclame y acabe con su gobierno clerical.

Observó alrededor del artista a muchos estudiantes, indígenas, obreros, campesinos, profesores y sindicalistas entusiasmados con la grandeza y dignidad que esas obras plásticas le daban a todo su pueblo. Así que ordenó a su jauría de perros

rabiosos y asesinos que lo mataran. Juan Caballero puesto en aviso a tiempo por su mejor amigo de tertulias, corrió a gran velocidad a su humilde rancho, sacó de su taller todos los pinceles y tarros de pintura y pintó de inmediato en todas las paredes con mucha imaginación, creatividad y sabiduría, varias puertas y ventanas. Cuando llegaron por él todos los perros asesinos no supieron cuál era la puerta y ventana verdadera y jamás pudieron entrar.

A prueba de fuego

*Lo maravilloso de la guerra es que cada jefe de asesinos
hace bendecir sus banderas e invoca solemnemente a
Dios antes de lanzarse a exterminar a su prójimo.*

Voltaire

CUANDO LA PATRIA SE CUBRIÓ de miles de muertos y no hubo un solo lugar donde vivir tranquilo y el miedo a la muerte se apoderó de todos. Entonces, los jefes criminales, asesinos, delincuentes y verdugos de los diferentes grupos armados decidieron buscar a la Tomasa, la bruja del pueblo, esa mujer enigmática que tenía mucha fama por sus rezos para curar muchos males, así fueran los del amor. Llegaban de todos los lugares lejanos para contratarla, hombres y mujeres de todas las clases sociales. Pero el trabajo más solicitado era el blindaje que solo esta mujer con sus poderes podía lograr, rezaba y rezaba a mucha gente importante para que en la guerra o en la traición no le entraran las balas y para volverse invisible ante el enemigo. Ella los atendía sin importarle a qué bando pertenecían; una oración de esas bastaba para hacerse invisible y para que las balas no penetren y caigan derrotadas.

La garantía no era necesaria porque hasta ahora nadie había regresado después de muerto para hacerle el reclamo. Entonces fue tanta la fama de la Tomasa que se trasladó del campo al pueblo y puso consultorio privado, donde llegaban los más famosos jefes y comandantes de los grupos guerrilleros, paramilitares, altos mandos del ejército y la policía, desde luego no faltaban los narcotraficantes, los sicarios y los más famosos políticos. Todos huyendo del miedo a morir y para que las balas de sus enemigos no penetraran sus cuerpos durante el combate.

El procedimiento para lograr aquella protección mágica era rezarlo desnudo en un cuarto por tres días y sin ver la luz del día, rezado de esta forma el cliente estaba listo para su guerra. La Tomasa cobraba gruesas sumas de dinero por su trabajo y podía ver al mismo tiempo la pobreza en valores y el vacío espiritual de sus clientes.

Así la Tomasa pasaba su vida atendiendo a muchos hombres, aunque algunos ya llevaran el sello de la muerte en sus rostros, como Lorenzo alias el Tuerto, famoso por descuartizar a sus enemigos con motosierra y Educardo alias la Escoba, quien hacía la limpieza en los pueblos. Dos temibles asesinos de uno de los grupos armados al margen de la ley, que sembraban el terror por donde anda-

ban, cuando llegaron al rancho, la Tomasa se puso pálida y por unos minutos quedó sin voz, ella los conocía muy bien, ellos habían desolado el campo y masacrado a toda su familia cuando apenas era una niña. Pero ella rezaba a todo el mundo, así fuera su peor enemigo, cuando el Tuerto y la Escoba pasaron todos los tres días de prueba, encerrados y rezados por la Tomasa, decidieron partir.

La Tomasa dejó que se fueran y avanzaran unos veinte metros en la calle polvorienta del pueblo y con mucha ira e indignación en su rostro gritó:

– Aquí me pagan a mi familia y a unos cuantos muertos más. Cargó su guacharaca con dos tiros y apuntó a cada uno de ellos por la espalda y disparó sin piedad, fue tanto el estruendo causado por los impactos que sus cuerpos volaron al aire y cayeron levantando una nube de polvo en el suelo, el Tuerto y la Escoba se levantaron aterrados, se miraron asustados el uno al otro y salieron corriendo despavoridos. La Tomasa pegó una carcajada y por último les dijo:

– Me olvidaba decirles que mi trabajo es también a prueba de fuego.

El líder de los humildes

Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.

Bertolt Brecht

AQUELLA TARDE, después de una agotadora jornada en la universidad, aquellos inseparables amigos Abelardo y Ramón, se encontraban platicando sobre la problemática del país. Cuando los golpes fuertes y desesperados a la puerta, interrumpieron la charla, Ramón se levantó de la silla y abrió la puerta. Era Luis otro paisano y compañero de universidad, quien traía un rostro pálido y con profunda tristeza hacía conocer la noticia:

– ¡Mataron a Segundo Eliécer! ¡Mataron a Segundo Eliécer!

Abelardo y Ramón se miraron estremecidos y quedaron perplejos, no podían creer aquel acontecimiento, por un momento se enmudecieron, las lágrimas brotaron de sus ojos, la rabia y la impotencia por no poder hacer nada, les invadió todo su ser, pues se encontraban lejos.

Al instante, Abelardo y Ramón recordaron todos los momentos vividos al lado de ese gran hombre, de ese amigo, de ese luchador incansable, de ese gran esposo y padre, de ese gran líder; entonces se les vino a la memoria las grandes luchas estudiantiles, cívicas y populares de tantos años, donde nunca faltó su presencia defendiendo los intereses del pueblo, contra los altos costos de los servicios públicos, por mejores condiciones de vida, por el progreso y la dignidad de la comunidad y contra todo tipo de corrupción de la clase politiquera que venía gobernando al pueblo más de medio siglo.

Allí estaba entonces ese gigante, ese quijote que amaba la libertad y los sueños, al lado de los verdaderos hombres y mujeres que lo seguían, obreros, campesinos, indígenas, maestros, sindicalistas, estudiantes. Hombres y mujeres que clamaban justicia social y mejores condiciones de vida para su pueblo, trabajo, educación, cultura, salud, vivienda, pavimentación de sus calles. Abelardo y Ramón también recordaron el día en que el pueblo lo premió otorgándole e imponiéndole el mejor galardón que se le puede dar solamente a un hombre de su talla y estatura ¡Concejal del Pueblo!, desde donde hacía temblar a la clase politiquera de turno que mantenía al pueblo en el atraso y el abandono, su verbo era incorruptible y su dedo

acusador, siempre proclamando el principio de que todo puede tener un valor económico, menos la dignidad y el honor.

El pueblo también recordaba como este gran hombre había levantado la bandera de las reivindicaciones y la justicia social, con sus debates contundentes e implacables, logrando en corto tiempo grandes obras que los politiqueros de turno no habían hecho en más de cincuenta años de vida política por su pueblo, porque para ellos primaban solamente sus intereses particulares y mezquinos. Eso le mereció a Segundo Eliécer Bacca ser elegido para un segundo período y convertirse eternamente en el líder de los humildes. Entonces Abelardo y Ramón comprendieron en un instante que los hombres como él no mueren jamás, viven en la lucha cotidiana y la conciencia del pueblo y que sus asesinos y verdugos no hicieron más que engrandecerlo y llevarlo victorioso a la eternidad.

Aquel día en que fue asesinado y durante su entierro, ¡bajaron del universo todas las estrellas y espíritus de alma grande como la justicia, la libertad, la solidaridad, la dignidad, el amor y la paz para hacerle calle de honor. Ya que él los había mantenido vivos durante todos sus largos años de lucha!

Sembrando dignidad

*Y así como los pueblos sin dignidad son
rebaños, los individuos sin ella son esclavos.*

José Ingenieros

DURANTE VARIAS SEMANAS, cada jueves día de mercado, Ramón Cuaspud madrugaba desde su lejana vereda hasta la ciudad a coger turno para que lo atienda el alcalde y sus funcionarios. Jamás le habían hecho caso, lo empujaban, lo pisaban, le cerraban las puertas, nunca le contestaban el saludo y terminaban humillándolo de esta manera.

Aquel día, había permanecido horas enteras esperando que lo escucharan, porque tenía que hablar de las muchas necesidades de su vereda y decirles tantas verdades. Pero una vez más, tuvo que marcharse cuando todos habían abandonado las oficinas y vio que la noche lo cogió en su espera.

Ramón, llegó a la madrugada a su humilde rancho de adobe y paja; cansado, con hambre y decepcionado, miró a lo lejos la ciudad iluminada por todos los rincones y se dijo así mismo: Ramón, descarga ya la leña que por siglos llevas a tu espalda, alza tu puño con la misma fuerza que cortas el trigo o cosechas la papa, sigue sembrando dignidad. ¡No te desespere! todo cambiará cuando dejes de ser invisible.

La astucia de María

HABÍAN LLEGADO CAMUFLÁNDOSE por la espesa vegetación, allí estaba el teniente Pérez, cansado y fatigado, recostado sobre el piso de tierra, con sus piernas abiertas, sus brazos en forma de jarro y su rostro sudoroso que miraba hacia el espacio infinito, luego se miró las botas llenas de fango y trató de sacudirse pero fue imposible. La mujer levantó la mirada con indiferencia y continuó dándole el seno a su hijo de un mes de nacido. El teniente se paró del piso y al instante lo rodearon varias caras, fusiles y puñaltes de sus hombres de operación.

– Mucho gusto dijo el teniente, dejando ver sus dientes blancos. Mucho gusto repitió nuevamente inclinándose con fingido respeto. La mujer sonrió maliciosamente mirándolo de arriba abajo. Guardó su seno trigueño y redondo que el teniente tanto había codiciado. Al lado izquierdo del teniente

estaba el agente Palacios como si fuese su propia sombra. Era su hombre de confianza.

– ¿Esta vez cuántos vienen?, le preguntó la mujer con mucha seriedad y agregó, – ¿supongo que pasarán la noche aquí? el teniente apenas movió la cabeza y dijo: – esta vez es en serio, María esta vez hemos venido los hombres suficientes como para que no escape con vida... Además les vamos a cobrar todos sus crímenes, les vamos a cobrar lo del alto de Puerres, agregó golpeando fuerte la puerta con el puño cerrado.

Un año antes, una caravana comandada por el sargento Cortés, había sido asaltada en el alto de Puerres, veintisiete uniformados que venían en varios camiones y Willis verde oliva fueron destrozados con petardos, cilindros de gas y balas de fusil y sus cuerpos incinerados y calcinados por la explosión.

Cuando María salió de la habitación para pasar al baño, pudo ver los hombres que habían en el patio, eran unos treinta y dos, contando los que estaban en el corredor acompañando al teniente y los que rodeaban la casa. Entre ellos se destacaba uno en especial de figura corpulenta, alto y trigueño, era uno de los integrantes del frente de su marido. Era tan obeso que lo hubiera reconocido en medio

de un batallón. En seguida comprobó que el uniforme le quedaba pequeño, María se detuvo unos segundos asombrada. Era él, María se puso pálida. El teniente burlonamente, observaba minuciosamente sus reacciones. – ¡Salude a la señora Rambo, no sea grosero!, gritó el teniente desde el patio sin poder contener la risa y poniéndose serio agregó:

– Si el mismo que canta y baila. El mismito Rambo. En carne y hueso como lo ve. Estos son así, ahora están con nosotros. Esa es la vida.

El plan era perfecto. Había sido preparado con la colaboración de Rambo y otros desertores. Los hombres descenderían confiados desde las montañas. El teniente Pérez y sus hombres solo tendrían que esperar. Todo sería cuestión de tener paciencia.

– ¡Extienda la bandera sobre el tejado! – ordenó el teniente. La mujer venía en medio de dos uniformados con los cabellos revueltos y el traje destrozado. María había sido torturada y violada.

– ¡Primero muerta! gritó María. Agente Palacios, traiga el niño, ordenó el teniente, María sabía muy bien que a muchos niños los habían tirado al aire como a una pelota para recibirlos en la punta de su puñaleta. María se ablandó. Sus ojos se llenaron de asombro y lágrimas. ¡Con el niño no se

metan, se los ruego! Lanzó un grito desgarrador y cayó arrodillada a los pies del teniente.

El teniente bajó la mirada y la observó con inocultable lascivia. Estaba bellísima. En la posición en que se hallaba pudo observar la plenitud de sus senos duros, trigueños, redondos y magnificados por la maternidad. Hubiera querido poseerla allí mismo, en presencia de sus hombres que lo miraban en silencio, con respeto y con temor.

¡Ajá! una bandera blanca indica que no hay novedad en el frente y que el comandante puede bajar tranquilamente desde las montañas a descansar en los brazos de su fiel, de su bella y tierna mujercita, dijo el teniente con voz temblorosa entrecortada por la emoción. Movi6 la bota que María tenía apriada y ella levant6 sus ojos llenos de lágrimas y suplic6 de nuevo: – ¡con el niño no se metan, se los ruego! su voz era apenas un susurro.

– Tienda la bandera, orden6 sin inmutarse el teniente Pérez.

Joaquín desde un claro de la montaña, levant6 los binoculares a la altura de sus ojos. Enfoc6 la parte visible de su rancho. Una puerta verde, unas ventanas pequeñas, un patio de ropas y el techo con una bandera blanca. Eso era lo que necesitaba.

Parece que están tardando más de la cuenta, les dijo el teniente a sus hombres pero no importa, agregó, todo es cuestión de paciencia. Hay que tener paciencia para vivir, hay que tener paciencia para morir, hay que tener paciencia para matar. Sin embargo, el teniente Pérez comenzaba a inquietarse, se retiró a unos cien metros con su hombre de confianza, el agente Palacios con quien personalmente darían la orden, la señal. Descenderían confiados desde las montañas. Un disparo al aire y listos. No quedará un solo vivo. Consultó el reloj, las tres y cincuenta de la tarde. Cinco minutos después retumbaban a lo largo y ancho del cañón del río Las Lajas; la explosión de granadas, fusiles y ametralladoras. Diseminados en el patio de la casa y alrededor de ésta quedaron los cadáveres de Rambo, un cabo y veintiocho uniformados verde oliva.

Pasaron muchos años y la violencia prosiguió su rumbo, ahora el Coronel Pérez y el Sargento Palacios, se enterarían con mucha rabia y asombro que la astuta María había colocado estratégicamente, una franela roja en medio de la bandera blanca.

Excomulgado

Me volví y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador. Y alabé yo a los finados, los que ya murieron, más que a los vivientes, los que viven todavía. Y tuve por más feliz que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen.

Eclesiastés

TEÓFILO VALLEJO UN HUMILDE obrero del pueblo, hijo de padres católicos y conservadores, heredero de la violencia de nuestro país, no se perdía un solo domingo sin asistir a misa y era el primero en coger fila para comulgar, a pesar de tener conocimiento de todo el mal que la clase dirigente conservadora y la iglesia le habían hecho a su pueblo durante mucho tiempo. Tenía la convicción de que Jesucristo había sido un gran líder, una víctima más en su lucha por la justicia y la liberación de los pobres del mundo y eso lo consolaba, le daba más fuerza de voluntad para seguir adelante. Oraba y oraba, pedía al señor que le ayudase a llevar la causa por la cual luchaba, con todas sus necesidades, penas y amarguras, para sacar de la miseria y pobreza a su familia.

El cura del pueblo ya lo tenía en la mira y lo tachaba de revoltoso, de participar y dirigir per-

manentemente todas las manifestaciones y paros cívicos que hacia el pueblo. Por eso un día desde el púlpito en plena misa lo excomulgó y lo trató de ateo y comunista. Pero Teófilo Vallejo desafiando al cura, siguiendo sus convicciones e ideales, llegaba todos los domingos fielmente a comulgar, entraba a la iglesia y se sentaba siempre adelante, para coger cola a la hora de recibir el sacramento.

Al instante de repartir la hostia el cura miró a Teófilo de primero en la fila y cambió de sitio acostumbrado, pero Teófilo con mucha humildad y paciencia se corrió al nuevo sitio y esperó su turno haciendo fila. Al llegar donde Teófilo el cura le negó el sagrado sacramento haciéndole mala cara.

El cuerpo de cristo. – Amén.

Teófilo hizo un segundo intento y se filó nuevamente pero el cura entregó la comunión al que se encontraba detrás de él, ignorándolo completamente una vez más.

El cuerpo de cristo. – Amén.

En el último intento Teófilo se quedó con su lengua servida. Pues el cura se fue con el copón echando madres e insultos a Teófilo. Los feligreses sumisos, arrodillados y en silencio observaban su calvario.

Entonces, Teófilo decidió salir del templo y al llegar a la puerta se volvió frente al altar, se arrodillo, se persignó y gritó fuertemente.

¡Señor, señor baja de ese sillón que un loco, inquisidor y desquiciado se ha apoderado de tu casa!

**En un país
“Democrático”**

*Hemos levantado una “democracia”,
sobre cientos de fosas comunes.*

Alfredo Molano

EL PERIODISTA OTONIEL LONDOÑO, esperaba impacientemente afuera del palacio, a que saliera el Tirano, lleno de preguntas y con un frío insoportable, observó como descendía por las escaleras muy sonriente, acompañado por todos sus guardaespaldas y un general. Otoniel Londoño se abalanzó sobre él y lanzó la primera pregunta:

– ¿Cuéntenos señor presidente por qué se le dice al mundo por todos los medios de comunicación que vivimos en un país democrático? El tirano con voz burlona y mirando a Otoniel de pies a cabeza contestó:

– Porque aquí todo lo deciden las mayorías, en las elecciones todos votan, se legisla para el pueblo, tenemos una de las mejores economías y democracias, un país rico en todo, hay trabajo, techo y alimento para todos, y además vivimos en paz. Otoniel Londoño asombrado refutó:

– Señor presidente pero las estadísticas que salen todos los días demuestran todo lo contrario, además si usted, no se ha dado cuenta, hay un alto grado de descomposición social en las calles, muchos desplazados en el país, muchos exiliados, muchos desaparecidos, cientos de asesinados, mucha miseria y pobreza en las calles las cuales ya llegan a extremos. El tirano miró al general le hizo un guiño con el ojo izquierdo y le dijo a Otoniel:

–Tranquilo, tranquilo compatriota que !aquí
– no – pasa – nada!

– General aliste sus escuadrones, las escobas, los recogedores, las volquetas y los camiones que hoy mismo hacemos limpieza en el pueblo.

**La violencia
nunca se fue**

*A la memoria de la bisabuela, la abuela y mi
mi querida madre,
víctimas de la violencia.*

LA FAMILIA NO FUE AJENA a la violencia, desde principios del siglo pasado, Mercedes la bisabuela de mi madre había sido reclutada a la fuerza junto con sus hijos en una de tantas guerras bobas de nuestro país, llamada la guerra de los mil días, donde pusieron al pueblo de la noche a la mañana a matarse entre hermanos, entre vecinos, sin saber por qué se mataban, si por unos trapos rojos o azules, o defendiendo que intereses o los intereses mezquinos de unos pocos, que eran los que dirigían esta guerra absurda. Los nuevos criollos u oligarcas que se creían blancos y de sangre azul y descendientes de europeos, los cuales se dividían el poder y se repartían como una torta el erario público, vendiendo el país a pedazos, arrodillándose y entregando la soberanía nacional al mejor postor. Muchos no volvieron de esta guerra boba, entre ellos varios hijos de la bisabuela, quien sí tuvo la fortuna de regresar y relatar sus vivencias

a la familia, para vivir luego el horror de la primera guerra mundial que acabaría con la bisabuela de un infarto.

Más adelante cuando los años pasaron, la abuela María Luisa empezaría a escuchar y seguir a todos esos grandes líderes que iban naciendo, especialmente a María Cano que defendía a la clase obrera del país y en especial a la mujer trabajadora, a Gaitán con quien se deleitaba escuchando sus discursos que le llegaban al alma y le despertaban esa ansia de seguir luchando. Trabajaba humildemente con mi madre en su rancho en la labor que había heredado de sus ancestros, hilando lana para fabricar ruanas y en otras ocasiones en las fábricas del pueblo elaborando alpargatas, bordando y cosiendo capelladas, había traído al mundo a tres hijos a los cuales amaba con todo su corazón, Luis Héctor, Esther y Aura María la cual fallecería al cumplir un año y medio de nacida por una epidemia llamada tosferina, epidemia para la que no había cura y había desolado al pueblo.

Mi madre Esther, al igual que toda la familia, no fue tampoco ajena a esta violencia, apenas cumplidos sus primeros nueve años de edad, ya había sido objeto de amenazas, y violencia psicológica cuando una mañana la abuela la envió a comprar unos víveres a la tienda de la “Pájara Ernestina”, aquel

día a pesar de la pobreza y humildad de la familia, la abuela había vestido a mi madre muy hermosa y dos trenzas largas con lazos rojos adornaban su cabeza, al llegar a la tienda mi madre saludó y se dio cuenta que en una mesa se encontraban tomando cerveza unos policías, a los cuales los apodaban como: “los pájaros” o policías de trapo al servicio de la violencia oficial conservadora, que hacían y deshacían poniéndose de ruana al pueblo, policías que eran los comensales de la “Pájara Ernestina” quien era la informante en el pueblo, quien apuntaba quien era liberal o conservador, a quien se debía llevar al calabozo o a quien se debía matar. Luego, de unos minutos se escucharon unas carcajadas y burlas, hasta que uno de ellos se levantó, su rostro reflejaba mucho odio, la miró fijamente, sacó del bolsillo del pantalón unas tijeras y cortó a raíz las trenzas de mi madre, amenazándola que la próxima vez era su cabeza. Mi madre indignada, llorando y asustada salió corriendo de aquel lugar, mientras la “Pájara Ernestina” se moría a carcajadas con los “pájaros.”

Cuando los años pasaron y mi madre había cumplido catorce años se había dedicado a escuchar a la abuela y por la radio a ese gran hombre que era Jorge Eliécer Gaitán. Allí comprendería un poco más porque el pueblo lo amaba y lo seguía.

Pero más aún, llegaría a compenetrarse con él por un viaje que realizara la abuela con ella, desde Fusagasugá a Bogotá, allí se toparía con toda la grandeza de aquel líder. Llegando a Bogotá el bus en el que viajaban iba a ser objeto de toda la furia y rabia del pueblo que amaba a Gaitán y que desde esa tarde había comenzado a vengarlo, el pueblo corría de un lado a otro gritando que habían asesinado a su líder y que había que vengarlo. Gamines, emboladores, obreros, hombres y mujeres del pueblo lloraban y se armaban de valor y de indignación, sonaban estruendosamente las balas de los fusiles y muchos autos eran incendiados al igual que el comercio, los cadáveres empezaban a llenar las calles. Gente humilde que consideraba a Gaitán como un padre, había quedado desamparada, el bus dio la vuelta para regresar de inmediato pues su diligencia en Bogotá quedaría aplazada por mucho tiempo.

Al llegar a Nobsa su tierra natal, una de las más grandes líderes liberales y gaitanistas Eva Samaniego, salió a caballo por todo el pueblo empuñando la bandera de Colombia que tenía un lazo negro, gritando que habían matado a Gaitán y convocando a todo el pueblo liberal a unirse a la gran manifestación que se propagaba por todo el territorio colombiano. Así la tierra de mi madre también se cubrió de sangre y violencia durante largos años.

Exiliaron al poeta

*A la memoria de Luis Alberto Delgado:
Estrella fugaz que iluminó el firmamento.*

IRRUMPIÓ DE PRONTO EN LA TRANQUILIDAD de la noche con más hombres a su lado, como si viniera de un largo viaje, debajo de su brazo izquierdo apretaba fuertemente unos libros poéticos y muchas hojas sueltas con manuscritos que habían quedado truncos e inéditos el día que los malvados habían decidido exiliarlo eternamente del pueblo.

Ingresó a mi humilde casa y descansó con sus amigos en el centro del patio, sacó un cigarrillo de su chaqueta y lo encendió lanzando bocanadas de humo como purificando el recinto. Acarició su bigote hacia abajo, armó unos cuantos palos de leña y prendió una fogata para luego mirarme con un rostro apacible y sonriente y decirme: – este es el fuego sagrado y solamente nos falta un buen vino, esta noche es la tertulia aquí y he invitado a todos mis colegas que he encontrado a lo largo del camino cantando himnos de esperanza, mientras reciben

a cientos de hombres y mujeres sacrificados por la patria.

Acabó de hablar y los rostros de cada uno de sus acompañantes se iluminaron con el fuego que se levantaba, me parecían conocidos, amigables; formaron un círculo alrededor de la fogata, leyeron y declamaron uno a uno sus poemas, hasta que le tocó el turno al hombre que había irrumpido intempestivamente en mi noche. Allí comenzó el recital más hermoso y celestial al que haya yo asistido, era el recital del amor, el recital de la vida, el recital la libertad, el recital de la justicia y la paz. Aquel hombre en ese instante resplandeció con una inmensa aura blanca alrededor de su cuerpo, en ese instante supe que era él, Luis Alberto “el poeta del pueblo,” mi amigo, con sus *Anhelos y Delirios*, sus *Cantos de Amor y Libertad* y su lucha inquebrantable por la literatura.

Fue tanta la alegría al reconocerlo que salté de mi cama y pegué un fuerte grito de bienvenido amigo, al despertar de mi sueño supe que había asistido a la velada y tertulia más hermosa de mi vida, asombrado y emocionado también me pude dar cuenta que habías llegado desde muy lejos a visitarme amigo y de la misma forma te encontrabas feliz, al lado de Aurelio Arturo, Antonio Machado, César Vallejo y Pablo Neruda. Esos eternos exiliados

y amigos del alma que te habrán recibido y cantado con el corazón, que por fin eres libre, que el amor no tiene cadenas ni mordazas y tampoco se ha perdido y que la lucha que iniciaste un día con el poder de tu palabra continuará por siempre. Porque el día que caíste vilmente asesinado, no te enterramos, sino que te sembramos por siempre en el corazón del pueblo.

La Abuela

*Una abuela es alguien con plata
en su cabello y oro en su corazón*

Desconocido

DICEN QUE LOS MEJORES RECUERDOS que uno tiene en la vida, son los de sus abuelos. Sobre todo cuando los abuelos son amorosos y tiernos, le enseñan grandes secretos y cosas increíbles de toda su sabiduría.

Rosario, era la abuela paterna, madre de Julio, Artemio, Carlos, y Gerardo. Amorosa con todos sus hijos sobre todo con su último hijo Gerardo, a quien se llevó esperando todos sus últimos días de existencia. La última vez que lo había visto era cuando regresó de prestar el servicio militar y luego había viajado hasta la ciudad de Dagua en el valle del Cauca. Eran los años en que había comenzado la violencia oficial en el país, la cual se había extendido por todos los campos y ciudades. La abuela directa o indirectamente se había convertido también en víctima junto con la familia, del horrible crimen de la desaparición. Gerardo había viajado en busca de un mejor futuro y siempre le escribía una carta a la abuela que terminaba llegándole a los dos meses. La última que recibió fue al poco tiempo de haberse

ido, donde le manifestaba que se encontraba bien, que había conseguido trabajo y que tenía ya mujer y que la familia crecería. La abuela era feliz cada vez que recibía noticias de su hijo, pasaron los meses y los años y nunca más volvió a recibir noticias de mi tío, pero yo sabía que todos los días soñaba con volver a mirar a su hijo que nunca llegaba, cada día que visitaba a mi abuela la encontraba triste, con una mirada lejana sumergida en el tiempo. Tenía en la casa un nicho en la pared con santos y estampas del Señor de los Milagros, la Virgen de Las Lajas, la Virgen del Carmen y San Sebastián, pero en el centro de aquel altar donde todos los días y noches oraba y oraba tenía la fotografía de mi tío a la que siempre iluminaba con una vela.

La abuela sufría demasiado y en silencio esperando a su hijo. Cada mañana o tarde al salir de la escuela corría a visitarla, ella siempre me esperaba con un abrazo y un beso en la frente, tenía siempre un cuento, una leyenda o una historia nueva que contarme, a veces también me llevaba a su huerto donde me divertía jugando o subiéndome al árbol de capulíes donde permanecía hasta que la abuela me llamaba a almorzar o cenar.

Era muy humilde y sencilla, cocinaba con leña o carbón y todas las paredes de su cocina estaban cubiertas con periódicos de todas las caricaturas que ella pegaba, entre ellas tenía una en especial con la que cada vez que yo no quería comer, me amenazaba diciéndome:

– Mi niño: – a usted por no almorzar rápido se lo va a comer el “Come Mundo”, y yo le preguntaba a mi abuela:

– ¿Quién es el Come Mundo abuela? y ella seriamente me mostraba una caricatura donde estaba un viejo burlón con un sombrero de copa enorme lleno de estrellas al igual que su vestido azul, blanco y rojo, pero lo más impactante eran sus enormes colmillos que le estaba hundiendo al mundo en especial a Latinoamérica que chorreaba sangre por todo lado.

Más tarde, cuando los años pasaron y la abuela ya no estaba con nosotros porque había fallecido de una inmensa pena moral esperando a su hijo que nunca llegó, porque lo devoró y desapareció la violencia oficial, siendo aún estudiante de bachillerato llegó a mis manos un libro de Vargas Vila con una imagen arrogante y un título que volvió a impactarme y recordar a mi abuela, el libro titulaba *“Ante los bárbaros, el yanqui: he ahí el enemigo”*, allí comprendí a muy temprana edad lo que mi abuela con todo su silencio y sabiduría de una u otra forma me había logrado enseñar y descubrir era el imperialismo norteamericano, culpable también de todas las desgracias de nuestra patria.

El imperio de acero

*Cuando veas a un gigante, examina
antes la posición del sol, no vaya a
ser la sombra de un enano*

Friedrich von Hardenberg

ANDABA DE PUEBLO EN PUEBLO, recorriéndose toda la geografía, metía cizaña, cambiaba presidentes, mentía, derrumbaba gobiernos, espiaba, perseguía, metía el diente, arañaba, robaba, asesinaba y masacraba. Era todo un perro salvaje, un sabueso, un tirano, su olfato le permitía decidir donde quedarse, esclavizaba todo a su paso, todo lo devoraba y cuando alguien se oponía pasaba con sus tanques, sus aviones, sus misiles, sus bombas, su metralla y sus fusiles. Se sentía el rey del universo; entonces presidentes y generales, títeres y lacayos de turno cayeron de rodillas, le rendían pleitesía, lo entregaban todo, vendían y regalaban hasta su alma.

Pero nunca se imaginó el arrogante imperio, encontrarse en su recorrido con Miguel Vulcano, el herrero y líder del pueblo y caer allí derrotado en la forja ardiente y que su cuerpo fundido solo serviría para hacer cuatro herraduras de acero de muy mala calidad para el burro del pueblo.

Éxodo eterno

Por mi raza hablará el espíritu.

José Vasconcelos

CANSADO DE TANTO ANDAR de un lado a otro y perseguido por quienes le habían arrebatado sus tierras, Heriberto Ramos, tenía muchas lunas sin dormir.

– Somos parias en nuestra propia tierra, le decía a su mujer, aquel hombre había sido sometido en varias ocasiones a salir huyendo junto con cientos de indígenas amenazados de su comunidad. Heriberto sabía que si se quedaban pasaría lo mismo que en otras comunidades vecinas, donde no quedó nadie para contar la historia. Por eso, cansado de ese éxodo permanente decidió coger para la capital, allí se estableció en un lote de invasión junto a otras familias de su comunidad y construyó su rancho con tablas, latas y cartones. Heriberto, su mujer y sus siete hijos descansaron un buen tiempo por primera vez, en tantos años de éxodo y persecución. Hasta que apareció un capitán del ejército

quien se hacía llamar dueño del terreno invadido, con un juez, un escribiente y cien efectivos más de su jauría, quienes empezaron a desalojar a todas las familias a sangre y fuego. Heriberto indignado una vez más y con los ojos llenos de lágrimas sabía que tenía que salir en un nuevo éxodo. Perplejo y lleno de asombro miraba como echaban a la calle sus últimos trapos y vasijas viejas, su cama de cartones y sus cobijas de periódicos. Entonces observó como el capitán entró triunfante y humillante al infeliz rancho. Allí en un rincón, unos ojos brillantes lo miraban en la oscuridad. Era un gato, hermoso y fuerte, como estaba en su propiedad pensó que también le pertenecía y se apoderó de él y ordenó a su jauría que lo subieran al camión para llevarlo como mascota de la familia. Pasaron unos meses y en las noticias oficiales anunciaban que aquel capitán, su mujer e hijos habían fallecido horriblemente.

El juez que había participado en el desalojo de Heriberto y su familia, realizaba el levantamiento de los destrozados cuerpos y según el dictamen de medicina legal concluía que quien cometió semejante crimen era la mascota de la familia y que en el Amazonas tenía como nombre jaguar.